

Boletín Salesiano

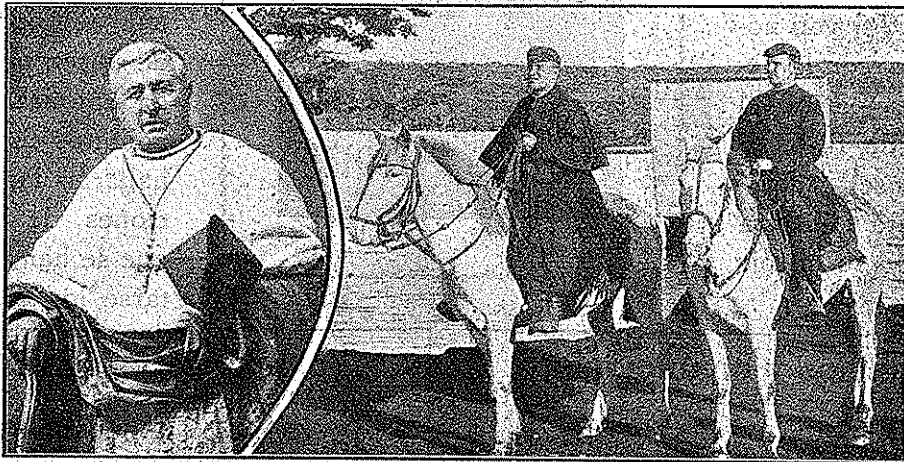
REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO

Año XXXVII — N. 1.

Enero de 1922.



Sumario. — *El Rey. Don Felipe Rinaldi, Prefecto General de la Pía Sociedad Salesiana, a los beneméritos Cooperadores y Cooperadoras de la misma: La muerte de Don Albera - Año de luto - Informe de 1921 - Obras emprendidas por los Salesianos - Obras realizadas por las Hijas de María Auxiliadora - Propuestas para 1922 - Una nueva instancia — Quién era Don Albera — Culto de María Auxiliadora — Gracias de María Auxiliadora — Nuevos nombramientos: Mons. de Aquino Correa - Dos nuevos Obispos — De nuestros exalumnos.*



Los primeros misioneros de la Patagonia.

El Emm.^o Cardenal Cagliari, director de la primera expedición. Cumple el 11 del corriente enero 84 años de edad. ¡Dios nos lo conserve aún muchos años!

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Via Cottolengo N. 32 - TURIN. 9 (Italia)

BOLETÍN SALESIANO

— REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Via Cottolengo, N. 32 - TURIN (Italia)

El Rdm.^o Don Felipe Rinaldi

a los beneméritos Cooperadores y Cooperadoras de la Obra Salesiana

Fervorosos Cooperadores y piadosas Cooperadoras.

ANTE el pensamiento de que muchos apresuran con sus deseos la presente carta, balance de cuentas del año que acaba de expirar, y programa de empresas para el nuevo en que acabamos de entrar, siento que mi responsabilidad añade nueva carga a la que ya pesa sobre mis hombros, al solo deseo de realizar esta nueva e inesperada obligación. En vista de ello, amigos y bienhechores queridos, no puedo sustraerme al deseo de suplicaros me favorezcáis con vuestra indulgencia, y de rogaros al mismo tiempo os dignéis acoger las pocas ideas que os apunto en ésta, con la misma bondadosa disposición de ánimo con que habéis recibido la palabra de Don Bosco, de Don Rúa y de Don Álbera. Nada significa nuestra labor al lado de la inmensa variedad de obras salidas de la mano creadora del Señor, las cuales obras adquieren mayor relieve, cuanto más clara y elocuentemente predicán a la faz del mundo, con su vitalidad siempre pujante, la existencia divina del Creador.

La muerte de Don Álbera.

Mi primer pensamiento es de dolor y gratitud. ¡Don Álbera ha muerto, y repentinamente! Hacía tiempo que en aquella natu-

raleza delicada venían menguando las fuerzas, a medida que la responsabilidad de su elevado cargo adquiría mayores proporciones, a causa de los compromisos contraídos durante la guerra, que le obligaron a redoblar sus atenciones y desvelos en pro de los huérfanos, víctimas inocentes de aquella catástrofe mundial, y que añadieron nuevas preocupaciones y trabajos a los que ya agobiaban aquel macilento cuerpo.

Por bien empleados los tuvo, a trueque de ver a sus hijos de todas las naciones, unidos con apretados lazos de caridad cristiana, en momentos en que el cañón retumbaba con implacable furia. Y así, sin retroceder un paso en el camino que le trazaran las huellas de Don Bosco y de Don Rúa, quiso y supo mantenerse firme y sereno en la brecha hasta el último de sus días.

La rapidez con que se extinguió aquella preciosa existencia fulminada en un instante, (desgracia temida por nosotros largo tiempo hacía), de tal manera ha colmado la medida de nuestro dolor, que sólo las demostraciones universales de duelo que siguieron a la noticia de su muerte, los honores póstumos tributados al cadáver y las solemnísimas exequias en sufragio de su alma, han sido parte a embotar los filos aguzados del dolor y cobrar nuevos ánimos, a cuenta de los muchos que llevábamos ya perdidos.

A vosotros, pues, bondadosos Cooperado-

res, la manifestación más sincera de nuestro agradecimiento, garantizado en lo íntimo de nuestros deseos con la firme promesa que nuestro inolvidable Don Rúa pronunció por vez primera ante el cadáver de Don Bosco, que renovó más tarde en su lecho de muerte, dejándola en testamento a los continuadores de la Obra Salesiana, y que, si bien no recogimos de los labios moribundos de Don Álbera, la vimos practicada y predicada con su ejemplo durante los once años que gobernó el timón de nuestra Congregación: promesa de *seguir fiel y amorosamente las huellas que dejó trazadas nuestro Ven. Padre y Fundador Don Bosco.*

Año de luto.

El año de 1921 quedará señalado con piedra negra en los anales de la Congregación Salesiana. La muerte del Rdo. P. Aime, Inspector de las Casas Salesianas de Colombia y Venezuela señala el punto de partida de nuestros infortunios. Dos meses después terminó la gloriosa jornada de su vida el Ilmo. Sr. D. Santiago Costamagna, el segundo Obispo de nuestra Congregación, y una semana antes de acabar Don Álbera sus días, pasaba de este a mejor siglo nuestro llorado Hermano el Excmo. Sr. Don Juan Marengo, Internuncio Apostólico y Delegado extraordinario de la Sta. Sede en las Repúblicas Centroamericanas.

El venerando Don Álbera y Mons. Costamagna, condiscípulos ya desde su niñez en el Oratorio, llegaron al término de sus días después de haber saboreado los dulces y embriagadores consuelos del Jubileo Sacerdotal, celebrado tres años ha. Por el contrario, el malogrado P. Aime y Mons. Marengo semejan frutos arrancados prematuramente al árbol de la vida.

Tan enormes e irreparables pérdidas, unidas a otras no menos dolorosas de personas igualmente queridas, nos han repetido con voz que ha hecho temblar nuestras carnes aquel *Estote parati!* tremendo aviso pronunciado por labios divinos.

¡Felices mil veces nosotros, queridos Coo-

peradores, si, encendidos nuestros corazones en el mismo celo que nuestros venerables difuntos desplegaron por la gloria de Dios y el bien de las almas, alumbrados por la brillante luz de su piedad bien cimentada y, sobre todo, guiados por el mismo afecto que los llevó a realizar las obras gigantescas que consumieron todas sus energías para mayor expansión y grandeza de la Obra de Don Bosco, formulamos el propósito de seguir el ejemplo de nuestros gloriosos predecesores por el mismo camino que ellos han abierto a costa de generosidad y sufrimiento!

El 8 de diciembre del año que acaba de expirar se cumplieron 16 lustros de aquella memoranda hazaña que determina el momento en que Don Bosco por inspiración de la Sma. Virgen Auxiliadora echaba los fundamentos de la Obra Salesiana. ¿Quién podrá reducir a cifra el bien realizado por ésta en los 80 años que cuenta de existencia? ¡Qué de jóvenes han pasados por nuestros hogares, adiestrándose en la ciencia de la vida y templado sus armas para la lucha en las encendidas fraguas de nuestros Oratorios y demás centros de educación, que podemos contar por centenares! ¡Qué de residencias y casas de misiones no se han abierto en todo lo descubierta del globo!

Aparte el reconocimiento debido a la divina asistencia, y a las virtudes y dotes personales de los salesianos, a la total entrega de éstos mayormente de los que fueron constituidos cabezas de la Congregación, debe Don Bosco la flor, el desarrollo y los benéficos frutos que aquella ha reportado a la humanidad entera. Por esto, al oír su nombre, nos inclinamos reverentes, y protestamos, particularmente a Don Álbera, nuestro reconocimiento imperecedero.

Informe del 1921.

Llenado el precedente deber, o mejor dicho, satisfecha una viva necesidad del corazón, paso a exponeros una breve lista de nuevas fundaciones que los Salesianos e Hi-

jas de María Auxiliadora han emprendido durante el año recién transcurrido, merced al auxilio de Dios y al apoyo de vuestra caridad.

Obras emprendidas por los Salesianos.

EN ITALIA han visto con placer los hijos de Don Bosco inaugurarse dos Colegios, destinados a formación de nuevo personal: uno en *Castel de' Britti* junto a Bolonia, en favor de las Casas salesianas de Emilia, Toscana y Liguria; y el otro, en *Schio*, junto al Oratorio del mismo nombre, con utilidades para las Casas del Lombardo Véneto, y Suiza. Se ha fundado además un Oratorio Festivo en Módena.

Las simpatías de que ha sido objeto la Obra Salesiana durante la guerra y después de ella, han tenido confirmación en el hecho de haber sido fundado un pensionado con Oratorio anexo a él en la ciudad de *Essen*, donde el número de niños que se educan en nuestro ambiente alcanza la cifra de seiscientos. En la ciudad de *Mónaco*, perteneciente a la citada región, se ha fundado un Oratorio festivo concurrido por más de 500 niños.

También en *Turnay* (Bélgica), ha sido aceptada la dirección de escuelas populares que en breve serán abiertas.

Asimismo debe consignar la Obra Salesiana recientes fundaciones en el Nuevo Continente. En *Watsawille* (Estados Unidos de América del Norte) se acaba de establecer una Colonia Agrícola, que viene a ser una verdadera providencia en favor de los hijos de emigrados. Otra Colonia Agrícola ha sido aceptada en *General Pirán* (Rep. Argentina). Junto a ella se ha levantado un grandioso colegio con iglesia parroquial dependiente de éste. Todo es donación de una generosa familia cristiana. Hemos también inaugurado una residencia en *Manaos* (Estado de Amazonas, Brasil), para atender a la juventud de esta importantísima población, y establecer al mismo tiempo un centro de abastecimiento para la lejana misión del Río Negro.

En esta vastísima Prefectura Apostólica, lo mismo que en la Vicaría Apostólica de *Shiu-Chow* en China, como en varias Inspeccionarias americanas, se pudieron emprender nuevas obras, merced a un considerable refuerzo de personal. Pasan de cien los Misioneros que en diversas expediciones partieron de Turín en el transcurso del año 1921, llevándose con destino a obras de evangelización cuantas larguezas depositara en nuestras manos vuestra caridad.

Merece particular mención el grupo de Obreros Evangélicos destinados al *Assam* (India), por haber tenido la fortuna de recibir la última bendición de nuestro querido Don Álbera.

Obras realizadas por las Hijas de María Auxiliadora.

Objeto de vuestra caridad cristiana ha sido también, y continúa siéndolo, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, que ha podido ver, con vuestro sostén, acrecentado el número de sus Colegios.

EN ITALIA. Aceptaron en Turín la dirección de una casa de protección de la joven, junto al Santuario de la Consolata; en *Asti*, el jardín de infancia «*Princesa Jolanda*,» capaz de contener docientos niños; en *Oulx*, un Oratorio, taller y escuelas; en *Arma di Taggia* una escuela parroquial con asilo infantil, taller y Oratorio; en *Alejandro*, un Pensionado para jóvenes alumnas de las Escuelas Normales. Hoy pasan de sesenta y podrán subir a cien, tan luego como el palacio Alfieri, local en que ha de establecerse el Instituto, se halle desocupado y adaptado al régimen de la nueva fundación.

FUERA DE ITALIA. Tan bien tuvieron cumplimiento sus deseos de ver abiertas nuevas fundaciones fuera de Italia. Así, en *General Pisán* (Argentina), pudieron inaugurar un Colegio con Oratorio festivo; una Escuela parroquial con Oratorio festivo para niños en *Ascurra* (Estado de Sta. Catalina, Brasil); en *Jáquil* (Chile), una Escuela gratuita para niños; un Sanatorio en *Lanja* (Perú), y un Centro de educación para

niños de la colonia Italiana en Puebla (Méjico).

No quiero pasar por alto las aceptaciones de cocinas económicas, roperos y talleres, establecidos ya en algunos Colegios salesianos, como en *Turín, Frascati, Chertsey* (Inglaterra), y en *S. Francisco de California*, ni puedo dejar de mencionar la partida de treinta Misioneras a tierras de Argentina, Méjico y Asia Menor.

Por lo que llevo apuntado echaréis de ver que tanto los Salesianos como las Hijas de María Auxiliadora, no obstante la excepcional estrechez que hoy atraviesan, han podido con la gracia de Dios, la protección de nuestra Celestial Auxiliadora y vuestro generoso concurso, ver notablemente aumentado el número de sus centros benéficos.

Propuestas para 1922.

Pasando ahora, piadosas Cooperadoras y celosos Cooperadores, a exponeros el programa de acción para el nuevo año, me apropiaré los mismos pensamientos que os hubiera dejado en esta ocasión nuestro llorado Superior.

Preocupaba hondamente a Don Álbera, especialmente en sus últimos días, el pensamiento de obtener las bendiciones del Cielo para nuestra Pía Sociedad, con mayor abundancia durante el año corriente, que, prescindiendo de los efectos subsiguientes a su muerte, sería por los demás conceptos igualmente señalado para los hijos de Don Bosco. Creo poderos exponer las necesidades más apremiantes y los deseos de nuestro Superior, dirigiéndoos una demanda, cuyo contenido abarca tres capítulos: *Oraciones, un poco de celo, y, por último, acción.*

1) **Oraciones.** — El 23 del venidero abril, a la sombra del Santuario de María Auxiliadora se congregarán todos los Inspectores de la Pía Sociedad Salesiana, en compañía de sus respectivos delegados, para proceder al nombramiento del nuevo Rector Mayor, y del Consejo que deberá asesorarle en tan

alto y delicado puesto. Se realizarán además durante varios días importantísimas reuniones generales, para tratar de nuestros asuntos de más tomo, de las necesidades más perentorias de cada institución en particular, y muy especialmente sobre el modo de dirigir la actividad salesiana por cauces que respondan con mayores ventajas a las necesidades de los tiempos actuales, siguiendo en todo el espíritu de Don Bosco. ¿Quién no ve la importancia de tales reuniones, al cabo de doce años transcurridos sin que se hayan tratado cuestiones de trascendencia igual a la que revistirán las nuevas que en fecha no muy lejana serán objeto de resolución?

Y en este breve período de cuántos acontecimientos seremos testigos! ¡Cuántas novedades, y en consecuencia, cuántas necesidades nuevas se irán creando! Con razón nos vemos precisados a implorar luces especiales del Cielo. Vosotros, distinguidos Cooperadores, que acostumbráis rezar cada día un *padrenuestro, avemaría y gloriapatri* en honor de S. Francisco de Sales, con la jaculatoria: *Sancte Franciscce Salesi, ora pro nobis*, para ganar las indulgencias, al cumplir con esta devoción, tened presentes en vuestro recuerdo nuestras reuniones, y dirigid una invocación saturada de afecto a nuestro glorioso Patrón, para que, junto con nuestro Ven. Padre Don Bosco y nuestros Hermanos y Cooperadores que gozan de la paz de los Justos, nos obtengan de María Auxiliadora especialísima asistencia y copiosas bendiciones del Señor. Elevemos a Dios fervientes súplicas, recemos para que la Obra Salesiana pueda reportar de dichas Asambleas Generales nuevas luces y energías que, a despecho de las dificultades presentes, la lleven en alas del espíritu de Don Bosco, y con manifestación de la más robusta vitalidad, a la meta de sus aspiraciones, resumidas en esta frase: *Educar cristianamente a la juventud.*

2) **Un poco de celo.** — Un voto que en las referidas Asambleas saldrá del corazón de cuantos en ellas formen parte, será intensificar la labor en la promoción y cultivo de vocaciones.

Uno de los pensamientos que más preocupó a Don Álbera en sus últimos días y conmovió su corazón sacerdotal, fué la escasez alarmante de vocaciones, que se deja sentir cada día con más intensidad. « *Debemos, insistía Don Álbera, debemos desplegar nuestros esfuerzos en aumentar vocaciones, no sólo para nuestra Pía Sociedad, sino también con destino a la Diócesis. ¡Es una necesidad urgente que sufre la Iglesia en los tiempos que corremos! Si viviera Don Bosco, si aun viera la luz de este mundo Don Rúa, no hallarían descanso hasta tanto que no hubiesen provisto a dicha necesidad con todas las fuerzas de su alma. ¡No han de quedar atrás nuestros arrestos! Por desgracia las ofertas, de meses atrás vienen, a menos de una manera notoria... pero aun podemos sostenernos.... Si alguna donativo considerable llega a nuestras manos, no vacilemos en destinarlo a estos fines.*

¿Quién no admira la generosidad de este programa? Ello es un reflejo verdadero de la gran necesidad que en la hora presente atraviesa la Iglesia. Dirigiendo una mirada en torno a nuestro campo, no puede menos de arraigar en nosotros esta convicción. A medida que se descubre el velo que oculta las necesidades de los tiempos, se echa de ver la urgencia de multiplicar las instituciones cuya finalidad se dirige a educar cristianamente las nuevas generaciones. Y ¿será posible poner manos a labor tan apremiante, requerida por la Religión y por la Patria, cuando en las filas de las vocaciones eclesásticas se sufren tan continuas y sensibles defeciones?

De todas las Casas Salesianas (no hablamos de las residencias de misiones, sino de los mismos centros abiertos en países civilizados), se alza este grito desolador, que nos llega a lo más hondo del alma: « *¡Somos demasiado pocos!* ». *¡Nos bastamos para llevar a cabo nuestro cometido! ¡Necesitamos nuevos brazos que compartan con nosotros el trabajo que nos ha confiado el Señor!* » ¿Hallaremos medio, aunque sea menester el transcurso de varios años y todo el buen deseo de los Superiores, de acallar estos desgarradores lamentos, y de dar solución al problema de las

vocaciones, de manera que se multiplique el número de los que nos honramos con el título de Hijos de Don Bosco?

El año pasado, como hemos apuntado arriba, partían para nuestras misiones más de cien Misioneros y treinta abnegadas Misioneras. ¿Creéis que con este refuerzo logramos dar remate a la tarea más urgente? De ningún modo. Sólo para no perder los frutos recogidos a precio de heroicas fatigas que costaron nuestros primeros misioneros de Patagonia, no serían suficientes cincuenta nuevos Obreros apostólicos que se enviaran a partir de hoy, mismo rebosando celo y derrochando salud.

Y advertid que el difunto D. Álbera aceptó un año hace, para 1922, juntamente con otras fundaciones, el Vicariato Apostólico de Kimberley en la lejana Australia, donde una docena de expedicionarios apostólicos sólo nos permitirían poder decir que hemos entrado en posesión del campo, pero de ningún modo el haber iniciado el trabajo requerido para la evangelización de territorio tan inmenso.

Por consiguiente, también en este campo, beneméritos Cooperadores, hay para vosotros lugar que precisa todo vuestro esfuerzo, toda vuestra cooperación. Ayudadnos a encontrar y formar muchas vocaciones generosas. Buscadlas también vosotros mismos, cultivadlas con amor y mandádnoslas. Si, como dice S. Agustín, « *El que salva un alma asegura la propia* » ¿qué premio no gozaremos en esta vida, y sobre todo, qué recompensa no nos será dada en la eterna, si con nuestro esfuerzo procuramos al Señor, un misionero una religiosa, un nuevo sacerdote a cuya abnegación se deba el acercamiento de tantas almas a Dios, y el engrandecimiento de su reino? Vayan dirigidas a este fin nuestras oraciones: roguemos al *Dueño de la Mies* que envíe nuevos trabajadores a su campo; roguémos todos, cada día al Señor se digne acrecentar el número de santas vocaciones a nuestra Pía Sociedad; pero al mismo tiempo, unamos a la oración nuestro trabajo en la forma que mejor nos sea dado realizar.

3) **Acción.** — El año de 1922 será el tercer Centenario de la muerte de S. Francisco de Sales, y el cincuentenario de la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Ha llegado ya a conocimiento vuestro un programa de fiestas para conmemorar el Centenario de S. Francisco, iniciado ya en el primer Oratorio Salesiano el 28 del pasado diciembre con una reunión de todas las agrupaciones juveniles congregadas en los Colegios Salesianos de Turín. Asimismo se os notificará el programa que piensan desarrollar las Hijas de María Auxiliadora en sus fiestas jubilares.

Abrigo la firme convicción de que vosotros, celo os Cooperadores y piadosas Cooperadoras, que siempre habéis secundado con presteza todas nuestras iniciativas, acudiréis entusiasmados a celebrar con nosotros la susodicha solemnidad jubilar; pero dejadme decir que « *Podéis y debéis intensificar más vuestra labor.* » ¿Es posible amar en verdad a María Auxiliadora, querer seguir las huellas de S. Francisco de Sales, y por otra parte no imitar a nuestra Señora en prestar auxilio a los cristianos, ni copiar el celo ardiente, la caridad activa y la suave dulzura con que San Francisco, nuestro modelo se adueñó de los corazones? ¿Es posible, en una palabra, no sentirse fuertemente arrastrado a trabajar en el campo religioso-social, desarrollando el programa que el Ven. Don Bosco nos dejó trazado, y que encierra en sí tan seguro presagio de copiosos frutos para la Religión y la Patria?

El Venerable persistió siempre en la idea de que todo buen cristiano, a imitación de S. Francisco de Sales, al mismo tiempo que trata de adquirir la perfección propia, no ha de descuidar la salvación de los demás; y en su empeño tenaz de multiplicar el número de almas ávidas de glorificar a Dios beneficiando al prójimo, y en particular modo a la juventud, instituyó, junto con la Pía Sociedad Salesiana y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, la Pía Unión de Cooperadores Salesianos y Cooperadoras.

El 27 del pasado noviembre se reunió en

Turín una Asamblea de acción salesiana, convocada por Don Álbera, en la que pudimos contar con inmensa complacencia 63 agrupaciones o Juntas de acción, que ejercen fecundo apostolado en varios centros de enseñanza y Oratorios festivos establecidos en la ciudad. Todas ellas gustaban los frutos de su bien empleadas energías, al mismo tiempo que se prometían recoger otros nuevos y más copiosos en el campo de la cooperación salesiana. ¡Oh! si el ejemplo cundiera por todas las ciudades y lugares que cuentan en su seno un Colegio salesiano o de Hijas de María Auxiliadora, o bien un Director Diocesano o un Decurión de Cooperadores ¡cuánto mayor bien se reportaría!

Al lado de cada Colegio de Don Bosco debiera crearse una agrupación de alumnos o alumnas entrados en los diez y seis, y suficientemente preparados para comenzar su obra de Cooperación salesiana. Si se trata de Oratorios festivos, debieran surgir a dicho fin por lo menos tantos centros de acción, cuantos sean los Círculos fundados en dichos Oratorios. Del mismo modo las asociaciones de Exalumnos nuestros y Exalumnas de las Hijas de María Auxiliadora, como complemento natural de su programa de adhesión, afecto y socorro mutuo, debiera formar cada una de ellas un pequeño grupo de socios competentes y de buena voluntad, dispuestos a trabajar con actividad y en la manera más acomodada al remedio de las necesidades locales, conformándose en todo al programa trazado para la cooperación salesiana. Y como quiera que la acción trazada por el Ven. Don Bosco, tan diversa en sus manifestaciones, como necesaria y providencial, se halla confiada particularmente a las Juntas de celosos y activos Cooperadores y Cooperadoras, en conformidad con uno de los acuerdos decididos en el octavo Congreso Internacional; según esto, digo, no debiera hallarse ninguna ciudad ni lugar que, contando en su seno un núcleo de mayor o menor número de Cooperadores Salesianos, no cuente también su Junta de acción. ¡Oh, si ocupara nuestro pensamiento la idea de establecer dichas Comisiones Si lográramos

en este Centenario del glorioso tránsito de S. Francisco de Sales ver realizado este nobilísimo deseo, emanado del seno de aquella memorable octava Asamblea, me atrevo á asegurar sin temor de equivocarme, que nuestro Santo Titular y María Auxiliadora aceptarían esta manifestación como la más digna y honrosa que se les pudiera tributar en estas fiestas. He aquí las tres propuestas que más apropiadas a las circunstancias me parecieron.

Una nueva instancia.

Antes de poner remate a la presente, siento un deseo ardiente de añadir aún dos palabras, para encomendaros las obras que tenemos entre manos, y que de continuo se apoyan en vuestra caridad. Entre ellas os quiero recordar nuestras Casas de formación, muy numerosas por cierto, viveros en los cuales arraiga y se desarrolla el personal joven de nuestra Pía Sociedad. No quiero omitir las escuelas de artes y oficios, tan providenciales en nuestros tiempos, ni los Asilos para huérfanos, varios de los cuales se ven llenos, hasta no haber más, de los que en estado tan lastimero dejó la guerra. Os recuerdo las numerosas residencias de Misiones en pueblos idólatras; tanto las que cuentan varios lustros de existencia, como las recién abiertas; y, por último, os recomiendo nuestros templos en construcción.

Las frases de Don Albera que hemos dejado escritas arriba, os habrán dado a conocer las dificultades cotidianas y siempre crecientes con que tienen que luchar nuestras instituciones.

El día que siguió al de la sepultura de Don Álbera (1º de noviembre de 1921), el Emmo. Cardenal Cagliero, a quien el Señor conserve muchos años al afecto y admiración de los Hijos de Don Bosco, colocaba la primera piedra del grandioso templo que se está levantando en el barrio de S. Pablo (Turín). En estos

dos meses han sido echados ya los cimientos sobre los cuales el Emmo. Card. Arzobispo de Turín colocará y bendicirá la piedra angular con rito solemne en la primavera próxima. ¡Quiera el Señor apresurarnos el día en que tal suceda!

Pero no podemos demorar por más tiempo la repetición de una súplica que queremos dirigir a nuestros queridos Cooperadores y piadosas Cooperadoras:

¡Oh! ¡No dejéis fenecer por falta de medios indispensables de vida las obras realizadas, ni sin cumplimiento las comenzadas!... Os encomiendo férvidamente el citado templo, que vendrá a ser como un monumento perenne a la memoria de Don Álbera. Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, los huerfanitos, huerfanitas, y la restante y muy numerosa pléyade de jóvenes y niños confiados a nuestros desvelos, ruegan y rogarán sin dejar un solo día a la Divina Providencia, que por vuestro conducto derrama sus laguezas con mano liberal sobre todos ellos, os favorezca siempre con su santa gracia. Que lluevan abundantes sobre vosotros y vuestras familias, de manera que ellas basten a remediar vuestras necesidades, tanto de orden temporal, como espiritual, para que así se deslice vuestra vida, colmada de buenas obras por los carriles de la felicidad, y ellas os abran, cuando el Señor sea servido llamaros a mejor vida, las puertas del Cielo.

Al mismo tiempo que os ruego encomendéis en vuestras oraciones a todos los Hijos de Don Bosco y a sus Obras, experimento verdadero placer en profesarme de vosotros Beneméritos Cooperadores y Cooperadoras

afmo. S. S. y Cappn.

FELIPE RINALDI, Pbro.

Prefecto General de la Pía Sociedad Salesiana.

Turin, 1º de Enero de 1922.

QUIÉN ERA DON ÁLBERA

De un extremo a otro del mundo ha corrido en breves horas la noticia de la muerte de Don Albera, desgracia que en medio de nuestra aflicción nos obliga a repetir con el corazón destrozado como el día en que cayó sobre nosotros la expresión que constituye el consuelo del corazón cristiano atribulado: ¡Hágase la voluntad del Señor!

De todas nuestras iglesias se habrá levantado unánime la voz de la plegaria, el sufragio aliviador prescrito en favor de quien en vida llevó sobre sus hombros con cariño la pesada cruz de regir y gobernar una Congregación en cuyo seno cuenta elementos tan variados y tan extendidos por todo lo habitado del globo.

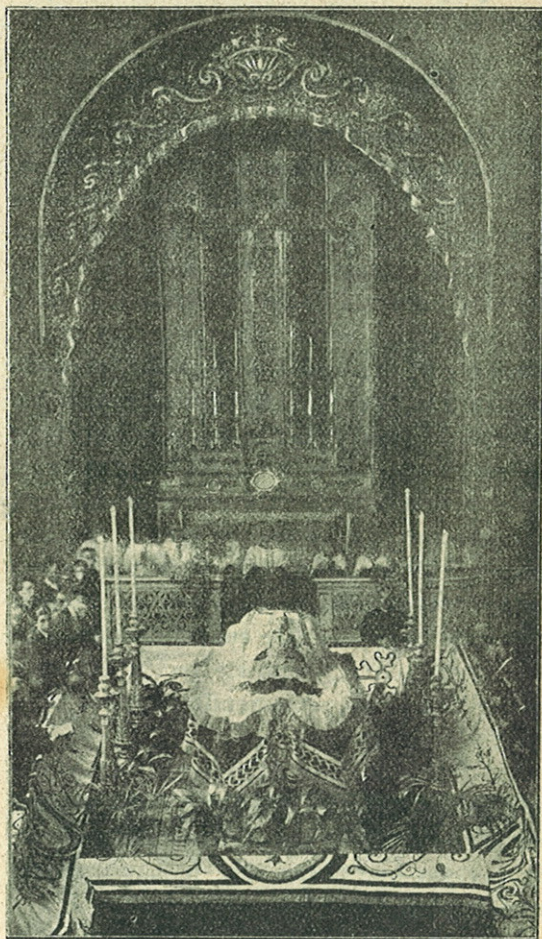
En el número de diciembre relatamos solamente los últimos días del esclarecido Don Albera, el enorme duelo y la apoteosis que siguió a su muerte.

Creemos interpretar los deseos de nuestros lectores ofreciéndoles algunos rasgos biográficos del llorado difunto, y esbozando a grandes trazos su fisonomía moral, para conocimiento más acabado y más conmovedora edificación de cuantos sintieron de alguna manera las pulsaciones de aquel corazón tan ancho y generoso.

Nació el P. Albera en None, pueblecito de la provincia de Turín, el 6 de junio de 1845. Contaba apenas 13 años, cuando el Dr. Arate, párroco de dicho lugar, lo confió a los solícitos cuidados de Don Bosco, encargándole el tesoro que ponía en sus manos con estas precisas palabras: « *Tenlo contigo* ». Y Don Bosco lo recibió en su nueva familia, no como a uno de tantos, sino como al hijo dócil que asimilaba las virtudes del Padre; su caridad al pobre, su arrobado amor a Dios, ejes en torno a los cuales gira toda la moral cristiana, comprendida por labios divinos en estos dos amores. Y es tanta verdad que Don Bosco previó su semejanza maravillosamente reproducida en el alma del joven Albera, que no pudo dejar de manifestar ante sus niños la unidad de afectos que animaban aquellos dos castísimos corazones. Pocos de los presentes advirtieron la trascendencia del episodio a que nos referimos, cuyo significado simbólico hemos venido a conocer los que hemos tenido la fortuna de verlo cumplido.

Era la primera vez que nuestro Venerable Fundador permitía se le retratara en actitud de ejercer el ministerio sagrado de la Confesión en medio de sus niños.

Hallábanse éstos en torno al Venerable, el cual, dirigiendo la vista al grupo de chicuelos que tenía delante: « Acércate, Albera, le dijo mirándole con cariño; arrodíllate a mi lado y apoya tu frente en la mía: así no nos moveremos.



La Capilla ardiente.

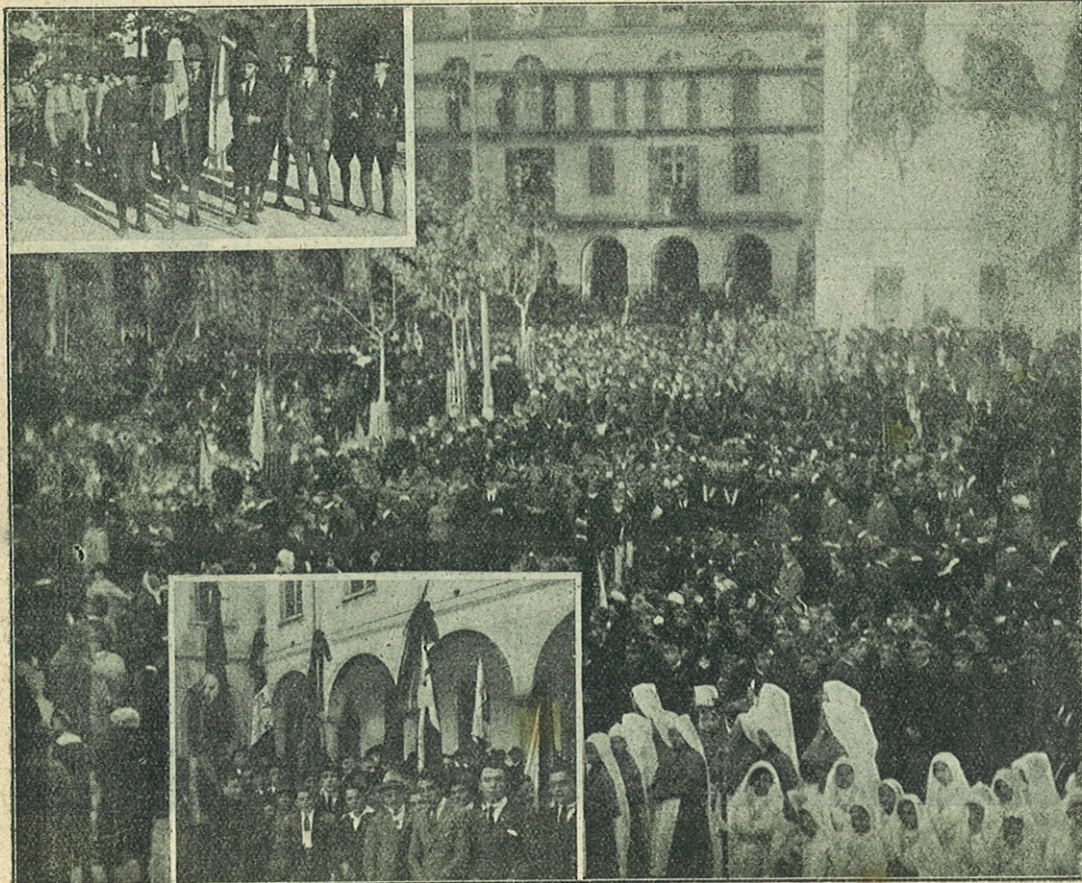
Desde los primeros días que llevaba en el Oratorio ofrecía notable contraste entre aquella turba de rollizos y coloradotes muchachuelos su delicado y pálido exterior, espejo de su alma pura y virginal, que armonizaba perfectamente con una formalidad superior a sus años, al mismo tiempo que se echaba de ver en él un espíritu recogido, que aquilataba más sus hermosas prendas. Podía decirse de él lo que las Sagradas Letras dicen del joven Tobías, que siendo de los

más jóvenes de su tribu procedió siempre y en todo con la cordura y madurez de un anciano.

Dotado de inteligencia clara y penetrante, y de memoria prodigiosamente fácil y precisa, encauzó todo este riquísimo caudal de energías para modelar su espíritu en las recios troqueles del sacrificio y en las fraguas encendidas de la más sólida y esclarecida piedad; virtudes ambas, que animaron continuamente aquel cuerpo delicado,

vertiendo durante su vida en las muchas y preciosas páginas que dejó escritas.

Dueño de un caudal más que mediano de conocimientos y adelantado en su formación espiritual se hallaba el joven Albera, cuando Don Bosco, aun antes de que fuese investido con el hábito clerical, le admitió en su intimidad entre los que formaban parte de una compañía a la que el Ven. llamaba su *Capítulo*.



Pacios del Colegio, ocupados por Asociaciones que aguardan la salida del féretro.

morada estrecha y frágil de un espíritu precoz, que iba robusteciéndose por días a expensas de la materia.

Así comenzó sus lecciones en la escuela de Don Bosco, y así continuó toda su vida, grabando más hondamente en su espíritu las lecciones del Venerable, y traduciéndolas en obras de amor y de paz, que el mundo entero ha contemplado con admiración.

A los mismos fines enderezaba también sus tetras humanas, que eran muchas y siempre gustó de ellas y que cultivó toda su vida, llegando a adquirir una cultura vastísima que fué

Más tarde, cuando recibió de manos de Don Bosco la preciosa librea de los ministros de Cristo, evidenció su mucho valer en el colegio de Mirabello, campo de sus primeras luchas pedagógicas, dirigido a la sazón por Don Rúa, y de cuyo personal formaba parte el insigne Don Cerruti, como nuestro Don Albera, recién profesado e íntimo amigo suyo.

Así se deslizaban los días uno tras otro, en continuo y abnegado trabajo, cuando le llegó la hora de inscribirse entre los ministros del Santuario.

Una vez sacerdote, hízole Don Bosco deposi-

tario de nueva confianza y estimación, hasta el punto de declarar en presencia de distinguidas personalidades turinesas que Don Albera sería el segundo continuador de sus Obras.

Confióle Don Bosco inmediatamente la fundación de la casa de Marassi (1871), trasladada poco después a Sampierdarena, donde dejó tan rico y perfumado ambiente de virtudes, y tan duradero, que aún hoy se percibe con deleite y se admiran los frutos madurados en él.

de América, obra en la que se ocupó hasta muy entrado el 1902.

Por muerte del llorado Don Rúa fué elegido Don Albera Rector Mayor en el Capítulo general celebrado en Turín durante el agosto de 1910.

Su primer pensamiento fué entonces visitar las Casas de Europa.

Con letras de oro debiera quedar escrita aquella serie de triunfos que pudo contar a su paso por España. Nada diremos de ellos porque aun



La plaza de María Auxiliadora en el momento de arrancar el coche fúnebre.

Transcurridos diez años, a partir de este último nombramiento, Don Albera fué trasladado a Marsella en calidad de Inspector de las Casas salesianas de Francia.

Para sintetizar y reducir a fórmula su compleja labor en este nuevo oficio, diremos que los admiradores de la Obra Salesiana, dieron en llamarle el *Pequeño Don Bosco*. Tales eran las virtudes que en él resplandecían, tales las obras en beneficio de la juventud pobre realizadas, tales la estimación que todo ello le había valido y el ambiente de santidad esparcido en torno a su persona.

En 1892 fué nombrado Director Espiritual de nuestra Pía Sociedad, y en 1900 recibió de Don Rúa la misión de visitar nuestros colegios

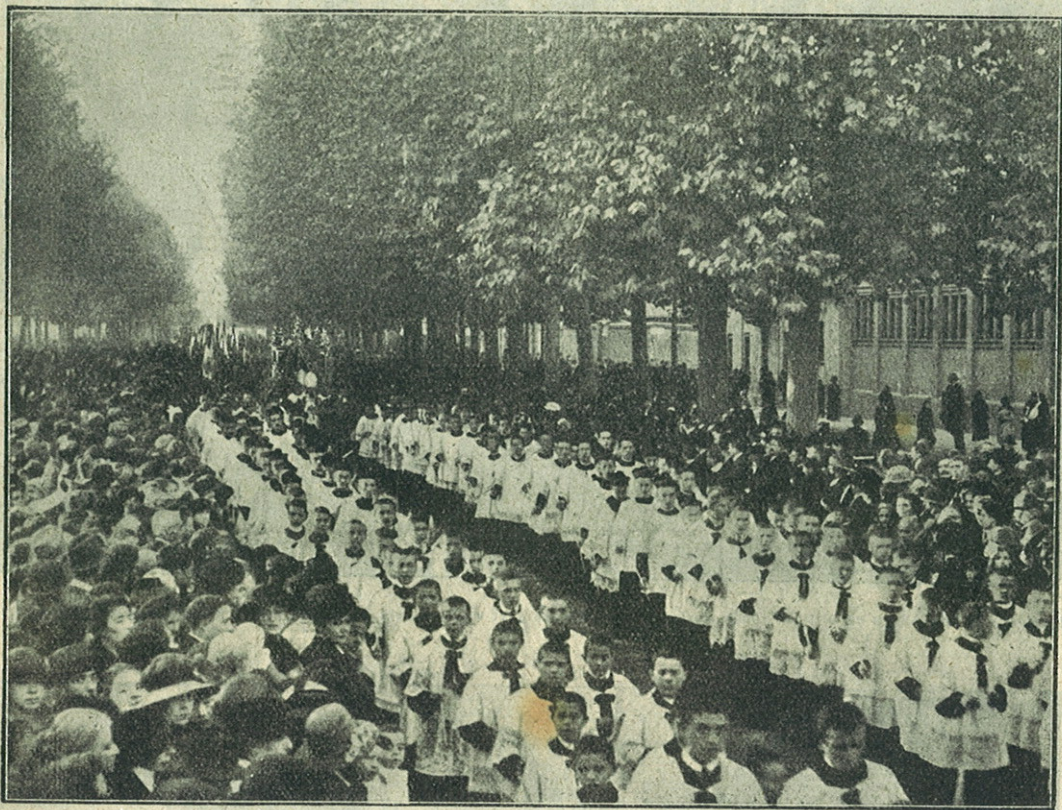
dura su recuerdo vivo en la memoria de la mayoría de nuestros lectores.

En 1917 fué nombrado Delegado General de las Hijas de María Auxiliadora, cuyos sabios consejos y paternal asistencia fueron el norte que guió a esta rama de la Familia salesiana por derroteros de prosperidad.

En 1918 celebró las Bodas de Oro de su ordenación sacerdotal, y en estos días de júbilo vió reunirse en derredor suyo un número crecido de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y Exalumnos que le ofrecían el tributo del más acendrado afecto, de la veneración más profunda. Todavía a principios del pasado 1921 visitó los colegios de Francia; y después, en junio, los de Parma, Milán y Módena. Cuando

la enfermedad comenzó a carcomer aquel cuerpo endeble, salía con frecuencia de paseo a mover un poco sus miembros encogidos por el género de vida sedentaria a que sus obligaciones le tenían sujeto. Entonces se proponía como término de sus paseos alguno de nuestros colegios situados a las afueras de Turín, y así los iba visitando a todos e informándose personalmente de la marcha de todos ellos.

fiel de las prácticas religiosas, en su reposada al par que intensa labor, en su sencillez noble y llena de dignidad, en su porte, en su trato fino y delicado en extremo, que atraía a sí el corazón de cuantos le trataban, y que por sí solo, sin el acompañamiento de las palabras bastaba a constituir la lección mas útil, la predicación más elocuente y jugosa que pudiera llegar al corazón y conmover más fuertemente sus fibras.



El cortejo fúnebre atravesando la avenida Regina Margherita.

Tan considerable número de empresas llevadas a cabo por un hombre tan parco en palabras, tan sobrio y tan medido en sus movimientos, nos sorprenderá sin duda; pero las vemos revestidas con todo el esplendor de su grandeza y bañadas en luz sobrenatural, si buscamos la raíz de todas ellas: su vida interior de piedad, en la cual concentraba todas sus energías, todas sus facultades, todos sus arrestos; y de donde extraía como de frente inagotable aquel caudal de sencillez y modestia encantadoras que llevó consigo toda su vida.

La expresión de S. Pablo: *Pietas ad omnia utilis est*, tenía en su conducta perfecto cumplimiento, manifestándose en la exacta observancia de la vida común, en el cumplimiento

Y piedad destilaba su palabra serena y reposada, eficaz y circunspecta, concentrada y fuerte, como puede echarse de ver en sus cartas.

Ellas, lo mismo que todos sus escritos, están saturados de su espíritu eminentemente piadoso. La vida del Ilmo. Mons. Lasagna escrita por él, es una aplicación práctica del texto de la Escritura: *Dedit ei certamen forte ut vinceret*. La serie de sus circulares forman un conjunto orgánico, que para nosotros vale tanto como un tratado completo de ascética, cuyo primer capítulo lo constituye su primera circular sobre el *Espíritu de piedad*, punto de partida y base de todas las demás. Y no es otro el espíritu que se difunde en sus cartas escritas a los hermanos soldados durante la guerra, tan llenas todas



El cadáver de Don Albera en el lecho donde murió. Los Obispos y el coche suabre a su paso por la avenida *Regina Margherita*.



Desfile de las Autoridades, Asociaciones y Representaciones.

ellas de afectos delicados, y dictadas con tan exquisita prudencia, que el espíritu más vidrioso y sensible no podría hallar por mucho que alambicara el más insignificante resquicio por donde pudiera infiltrarse el amor propio, ni despertar la mas leve sospecha en los encargados de censurar la correspondencia a nombre del Gobierno.

Su piedad se manifestaba asimismo en efu-

terés que desplegó en adelantar las causas de beatificación del Ven. Don Bosco, de los Siervos de Dios, Domingo Savio y Andrés Beltrami, y del Príncipe Augusto Czartoryski; y, por último, en hallarse presente a todas, hasta a las más insignificantes necesidades de nuestra Congregación.

Otorgóle el Señor en recompensa el consuelo de ver coronados sus trabajos con los frutos



1) Salida del cadáver para Valsálce. 2) La llegada a dicho Colegio.

siones ardientes de caridad generosa y abierta a cualquier necesidad, tanto de orden espiritual, como temporal que aquejara a cualquier clase de personas, mayormente a los niños. Ello lo manifestó en la implantación de Oratorios festivos, en la solicitud paternal con que gobernó nuestra Congregación y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, en la publicación del Manual del Director, en las nuevas ediciones de *El Joven Instruido*, *La Hija cristiana*, *Prácticas de piedad*; en el tesoro riquísimo de facultades, privilegios e indulgencias con que enriqueció el patrimonio de nuestra Pía Sociedad; en el in-

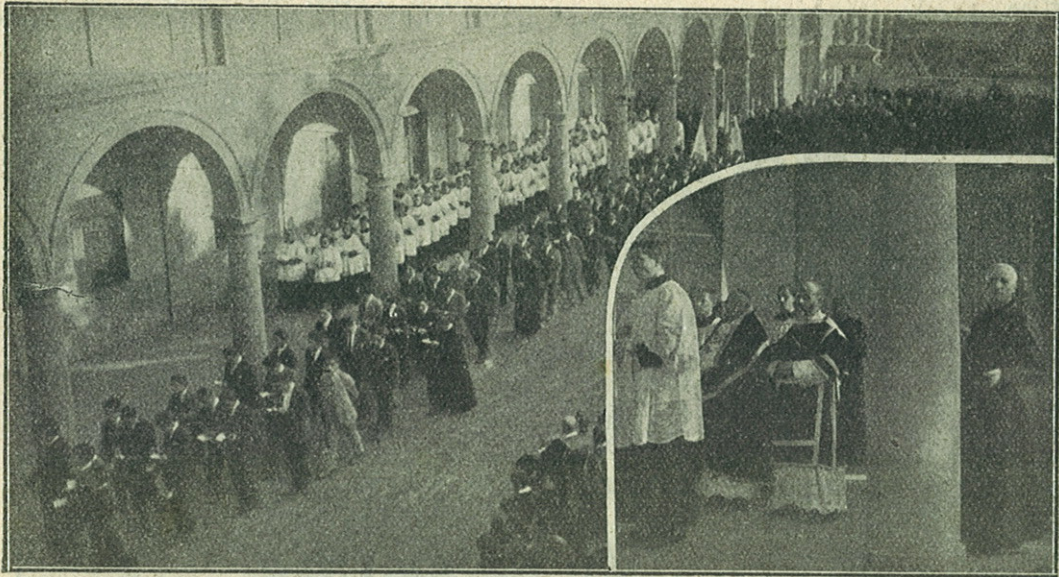
de la fecundidad, pues el número de Salesianos que ingresaron en la Congregación durante los años que la gobernó Don Albera, aumentó de 750; no obstante el estrago incalculable que causó en los planteles de vocaciones la guerra.

Asimismo subió a 103 el número de casas fundadas; en sus días se abrieron varios Noviciados, las nuevas Misiones del Africa (en el Congo Belga), de Asia (en la China y en Assam), del Chaco Paraguayo, y los Oratorios festivos, que fueron la nota dominante del cortejo fúnebre, por su compostura y religiosidad, que evocaba los tiempos de D. Bosco y D. Rúa y aún más, añadía un

nuevo tinte de edificación la más conmovedora: el espectáculo de numerosas agrupaciones de jóvenes y adultos, que detrás de féretro rezaban con voz conmovida el rosario, cuyas cuentas, ostentaban en la mano a la faz de todo un pueblo.

Cúpole el consuelo inefable de ver investidos, a Mons. Cagliero con la Púrpura Sagrada, y a

Mauricio y S. Lázaro. Dióle, en fin, el Señor fuerzas para superar la terrible prueba de la guerra europea, y concediéndole poder ver de nuevo a su amada Congregación tornar a su ritmo normal de vida, y gustar las delicias de un acontecimiento que no alcanzaron a ver en sus días ni Don Bosco ni Don Rúa: la celebración de sus Bodas de Oro



El sepelio del cadáver.

El Emmo. Sr. Cagliero rezando las últimas oraciones ante el sepulcro de Don Albera.

otros cinco hermanos, con la dignidad episcopal; pudo contar además tres Vicarios Apostólicos y un Prelado Nullius, más el nombramiento de un Internuncio y dos Prefectos Apostólicos. También el siglo fué testigo y admirador de su virtud, y no quedó atrás en celebrar su modestia. Confirieronle títulos y honores varias Academias ciudades y Asociaciones, y hasta el mismo Gobierno italiano, que en 1920 le honró con la mayor distinción con que suele premiar a los beneméritos de la nación, nombrándole Gran Oficial de la Orden de S.

colmado así los días de su vida con las canas de una vejez gloriosa. Todo esto nos induce a considerar a Don Rúa y a Don Albera no como a meros sucesores de Don Bosco, sino como a continuadores de su vida, la cual se conservó y desarrolló en ellos hasta llegar a feliz consumación.

Por esto, conforta a nuestro corazón filial el pensamiento de que Don Albera descansa junto a Don Rúa en la misma tumba que guarda los restos preciosos de Don Bosco; y de la misma manera que el amor los unió en vida, así, no ha logrado separarlos la muerte.

¡Quántos buenos muchachos y piadosas doncellas, si hallasen el oportuno y debido apoyo, tendrían a dicha consagrarse a las obras de caridad y celo en el estado religioso o sacerdotal! El cultivo de las vocaciones, que bien podemos llamar « divino », toca en primer lugar a los padres de familia, y luego, a todas las personas que se interesan por la gloria de Dios y la salvación de las almas. — « No olvidemos, decía Don Bosco, que regalamos un precioso tesoro a la Iglesia, cuando le procuramos una vocación; no importa que esa vocación sea para la Diócesis, las Misiones o una Congregación religiosa; ella será siempre un gran tesoro que regalamos a la Iglesia de Jesucristo ».

PABLO ÁLBERA, Pbro.